

Domingo Vigésimo Segundo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Deut 4,1-2.6-8; Sal 14,2-3a. 3cd-4ab. 4c-5;

St 1,17-18.21b-22.27; Mc 7,1-8a. 14-15. 21-23

I

Las lecturas del evangelio y del Deuteronomio coinciden, en términos casi idénticos, en la advertencia sobre el valor absoluto de los mandatos de Dios, y en la atención a no poner al mismo nivel las disposiciones humanas.

Moisés en la primera lectura reivindica el seguimiento de los mandamientos de Dios con un argumento que a primera vista puede parecer sorprendente: no porque Dios lo haya mandado, sino porque de por sí mismos se ve que son buenos, que valen la pena. Hasta el punto que, en estos mandamientos, se muestra como Dios no es un Dios arbitrario que manda cosas porque sí, sino que el mandamiento de Dios es que el hombre viva de la manera más humanizadora. ¡El Dios de Israel es el Dios que se manifestó precisamente liberando a su pueblo de la esclavitud! Esta novedad de Israel llega a plenitud en Jesucristo. El mandamiento de Jesús es éste: que el hombre sea humano hacia sí mismo y hacia los demás. Y por tanto, cuestiona toda ley que mande otras cosas, aunque parezca que venga de Dios.

El Evangelio será, en definitiva, esto: la revelación de que el Reino de Dios es todo aquello que haga a los hombres más humanos; la revelación de que el camino de Dios es combatir todo lo que hace daño al hombre (la lista de cosas que según Jesús "contaminan" al hombre) y dedicarse a todo lo que le hace bien: el amor. El Evangelio será revelar que Dios no manda cosas arbitrarias e injustificables, sino tan sólo lo que humaniza y realiza al hombre. Eso es, al fin y al cabo, lo que Jesús vivió.

En efecto, la vida del creyente está bajo la Palabra de Dios. El salmo responsorial expresa esta situación de una manera magnífica, incluso con un cierto dramatismo cuando se canta, por parte de la asamblea, el versículo responsorial. En efecto: la asamblea pregunta repetidamente "Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?", mientras el oráculo le va respondiendo cada vez, con la descripción de lo que Dios quiere de los creyentes.

Son los santos los que de verdad han interpretado el Evangelio. Aparte de ellos, siempre hay el problema denunciado por Jesús y alertado por el Deuteronomio: la sobre-posición de las "tradiciones de los hombres", el conflicto de las interpretaciones, los convencionalismos interesados, etc. A través de todo esto, el hombre se sobrepone, más o menos sutilmente, a la Palabra de Dios.

La valoración de los mandatos de Dios, en cambio, es una fuente de gloria para aquellos que la hacen sinceramente (1. lectura).

Comprender esta dimensión pide un acto de fe de base, un acto de "sinceridad y verdad" (1 Cor 5, 8) correspondiente a una situación pascual, en la que la levadura vieja no desarrolla su fuerza.

Estos textos se hacen actuales siguiendo la exhortación de Santiago: ¡“Lleven la Palabra a la práctica”!. La Palabra es un don perfecto que “viene de arriba, del Padre de los Astros”; es, en definitiva, el mismo Jesucristo.

Una actualización más válida es destacar, en el contexto cultural y religioso de nuestra sociedad, el valor absoluto del mandamiento de Dios por encima de cualquier documento legal de la sociedad, incluso los de más alto nivel. Por mucha mayoría que haya obtenido una ley, no por eso se convierte en mandamiento de Dios. La explicación que se debe hacer es la necesidad, para el creyente, de entender el carácter personal y relacional de la vida moral, más allá de un planteamiento ético limitado sólo a algunos valores. Sin duda que estos valores podrán coincidir con valores evangélicos, y participar, por eso, del valor de los mandatos de Dios. Pero el cristiano debe tener presente que el mandamiento de Dios es siempre prioritario frente a las tradiciones y leyes de los hombres. Esto pide, ¡está claro! conocer bien el mandamiento de Dios...

Sobre todo la actualización debería ayudar a percibir el gozo y la libertad que vienen, para nosotros, de tener “plantada” la Palabra, que “es capaz de salvarnos”. Es así: la siembra se hace cada domingo en el corazón del hombre, que es donde necesita arraigar la Palabra y dar fruto, que permanezca para siempre.

II

Hoy en el evangelio aparece el tema de los fariseos, buenas personas, cumplidores de la ley de Dios, pero con unos defectos muy notorios que Cristo denunció con insistencia.

Dios entregó a Moisés su Ley para el cumplimiento estricto de todos: del viejo pueblo de Israel y del nuevo pueblo de Israel, que es hoy la Iglesia de Cristo. Más aún, es una Ley tan sabia, tan prudente y tan necesaria que es indispensable seguirla, tanto para el bien personal, como para el bien de los grupos, pequeños o grandes, y hasta para el bien mundial.

Por eso, aparte de estar esa Ley escrita en las piedras que Dios entregó a Moisés en el Monte Sinaí, está también inscrita en el corazón de los seres humanos. Y cuando nos apartamos de esa Ley, porque creemos encontrar la felicidad fuera de ella, nos hacemos daño a nosotros mismos y hacemos daño a los demás.

Y la Palabra de Dios, en la cual está contenida esa Ley, ha sido sembrada en nosotros para nuestra salvación, como nos lo recuerda el Apóstol Santiago (St. 1, 17-18.21-22.27): “ha sido sembrada en ustedes y es capaz de salvarlos”. Es por ello que nos recomienda ponerla en práctica y no simplemente escucharla y hablar de ella.

Sucedió que, a lo largo del tiempo, se fueron anexando a la Ley una serie de detalles minuciosos prácticamente imposibles de cumplir, además de interpretaciones legalistas y absurdas que hacían perder de vista el verdadero espíritu de la Ley.

Tal es el caso que nos narra San Marcos en el Evangelio que acabamos de escuchar (Mc. 7, 1-8.14-15.21-23): en una ocasión los discípulos no cumplieron las normas de purificación de manos y recipientes, según se exigía de acuerdo a estos anexos y legalismos. Y, ante el reclamo de unos escribas y fariseos, el Señor les responde: "¡Qué bien profetizó de ustedes Isaías!, ¡hipócritas! cuando escribió: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí... Ustedes dejan de un lado el mandamiento de Dios para aferrarse a las tradiciones de los hombres".

Por eso Jesús les insiste en este Evangelio que lo importante no es lo exterior sino lo interior. Lo importante no son los detalles que se habían inventado, sino el corazón del hombre. Es hipocresía lavarse muy bien las manos y tener el corazón lleno de vicios y malos deseos. Es hipocresía aparentar por fuera y estar podrido por dentro. Lo que hay que purificar es el interior, lo que el ser humano lleva por dentro: en su pensamiento, en sus deseos. Los pecados brotan del interior, no del exterior.

Por eso, para corregir el legalismo absurdo, dice Jesús: "Escúchenme todos y entiéndanme. Nada que entre de fuera puede manchar al hombre; lo que sí lo mancha es lo que sale de dentro, porque del corazón del hombre salen las intenciones malas, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las injusticias, los fraudes, el desenfreno, las envidias, la difamación, el orgullo y la frivolidad. Todas estas maldades salen de dentro y manchan al hombre".

En el cumplimiento de los mandamientos de Dios está la clave del éxito en nuestra vida, y el camino de la felicidad, y la fuente de la verdadera sabiduría. La verdadera sabiduría no está en nuestros instintos o en las modas o estadísticas de este mundo, sino en conocer y seguir la voluntad de Dios, que nos comunica en su Palabra revelada.

Por tanto, aceptemos "dócilmente la palabra que ha sido sembrada" en nosotros, sigamos poniendo nuestro mejor empeño en ponerla en práctica, sobre todo en obras de justicia, caridad y santidad: "visitar a huérfanos y viudas en sus tribulaciones, y guardarse de este mundo corrompido".

Que el pan y el vino de la palabra de Dios y el pan y el vino de la Eucaristía nos recuerden siempre que lo que vale la pena es el estilo de hombre que Jesús vivió fielmente hasta la muerte: un corazón limpio, un gran amor, que ha de manifestarse en una acogida sincera dentro de nuestras posibilidades limitadas. ¡El Señor nos acompaña! Que esta Eucaristía, misterio de su amor, nos ayude a progresar en este camino.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)